

PRESENCIA DE LA ARMADA EN MAGALLANES

Mariano A. Sepúlveda Mattus
Capitán de Navío

Discurso pronunciado por el Director del Instituto Hidrográfico de la Armada, Capitán de Navío Mariano A. Sepúlveda Mattus, el domingo 18 de noviembre de 1979, en la plaza de Punta Arenas, durante el acto de homenaje a Benjamín Muñoz Gamero y a los marinos que, con su esfuerzo, hicieron posible la efectiva integración de la región austral de Chile a la vida de la Nación.

La ceremonia, estuvo presidida por el señor Comandante en Jefe de la Armada y Miembro integrante de la Honorable Junta de Gobierno de la República, Almirante don José T. Merino Castro.

ace sólo 4 días, se ha conmemorado el 137º Aniversario del fallecimiento, en el ostracismo, del Libertador de Chile, Capitán General Don Bernardo O'Higgins Riquelme.

En el duro exilio a que lo confinara la incompreensión de sus contemporáneos (carentes de las perspectivas trascendentes en que él fundamentara sus concepciones políticas) entregó su alma a Dios, en Lima, el 14 de Noviembre de 1842.

Y al expirar, musitó una sola palabra: ¡MAGALLANES...!

Expresión aquella, transida de sentimientos, de premoniciones y talvez de angustiado apremio e impotencia ante la evidencia del fin.

El prócer recorría, con la febril urgencia de la suprema cita, la vasta geografía de la Patria, en la última claridad de su crepúsculo existencial y desarrollaba el esfuerzo postrero para alcanzar, con su mente y sus palabras exangües, el confín meridional de la Nación distante y proclamar a sus hijos de entonces y del futuro, que en la profunda penetración de Chile en el ámbito austral del mundo y en su irrupción en su cima polar del Sur, debían reconocer un compromiso y aceptar un desafío.

Quien había sentido en el ritmo de su propio corazón palpar el pulso de la raza, sabía que la contextura del pueblo era digna de la empresa, porque la substancia y el espíritu que constituyen a los chilenos, son la síntesis humana de los sueños dorados del conquistador, de la soberbia y estoica resistencia de los naturales, de la conciencia de nuestra lejanía, de la aislada lucha nuestra de todos los días y del triunfo cotidiano, sereno y humilde, sobre la adversidad.

Es por ello que, mucho por la postrera admonición del Padre de la Patria y no poco porque aún quedaba una empresa singular

desafiando su destino, Chile vino a Magallanes.

Y vino de la única manera en que era posible hacerlo: surcando el mar y sirviéndose de su vínculo vital de esperanzas y realizaciones.

Vino a prodigarse con vocación de presencia, con sentimiento de persistencia, con responsabilidad civilizadora, con espíritu de arraigo y con amor por el destino naciente de este ámbito aún sumergido en la penumbra auroral de nuestra historia ya adolescente. Vino embarcado en naves que navegaron los mares acerados y turbulentos y recorrieron el laberinto ignoto de su filigrana de archipiélagos remotos e innumerables.

Fueron marinos, invariablemente, quienes trajeron, elemento por elemento, la estructura de un futuro, sin que ninguna consideración escapara de su intuición, de su sabiduría y de su organización. Transportaron la fe, la disciplina, la economía, la cultura, la tradición, la laboriosidad, la técnica, el respeto y la justicia. Abordo de las naves, llegaron los ladrillos y los clavos, los evangelios y los cálices, los granos y el ganado, los libros y las prensas, las herramientas y las máquinas, los instrumentos y el papel, la camaradería, el mando, el régimen y las costumbres. Por el mar, Chile anudó a su entidad tendida desde la tibia latitud tropical hasta la gélida Antártica, este nuevo eslabón fundamental de su geografía y de su ancestro; a Magallanes, al austro, y convirtió el desafío en realidad y el compromiso en presente.

Esta es la razón tan honda y enorgullecadora, que legitima los vínculos consubstanciales de Magallanes, con la Armada de Chile, cuyos hombres y cuyos buques han sido siempre la vanguardia insustituible de todas las empresas y epopeyas nacionales trascendentes.

Es, pues, esta gesta de paz y de progreso, una de sus glorias más nobles, esforzadas, veneradas y fecundas. Es, sin duda, la más gigantesca contribución a la proyección de la Patria en su estatura natural y lógica; es la nutrición de una existencia, con amor y sangre, con sudor y paciencia, con fe y tenacidad, para que creciera noble, vigorosa y saludable, como se exhibe hoy ante la Nación y el mundo.

En este año cuyo transcurso ha sido solemnizado por la conmemoración de las más excelsas glorias navales de la Patria, el Señor Comandante en Jefe de la Armada y Miembro

de la Honorable Junta de Gobierno, Almirante Don José Toribio Merino Castro, ha venido a la XIIa. Región a patentizar con su presencia —y trayendo la más elevada representación institucional— este sentimiento de unión histórica, vital e indestructible, entre Magallanes y la Marina Nacional.

Y hay un conjunto de significaciones profundas que hacen de esta solemne ocasión, toda una trama de simbolismos necesarios de destacar.

En la persona de su más elevado personaje, la Armada de Chile se congrega junto a las Autoridades regionales y locales y al pueblo de Punta Arenas, en esta Plaza que es el núcleo y centro de la hermosa Capital de la XII Región.

Desde lo alto de su pedestal, la figura en bronce de Hernando de Magallanes, otea el horizonte del “confín del mundo”, buscando un paso entre el presente que se disuelve tan pronto transcurre y el futuro que es incommensurable y promisor; entre la porción del mundo más o menos conocida y aquella sólo imaginada por soñadores con temple de acero. El es el más preclaro e insigne navegante que hayan conocido los mares y los tiempos, y que al descubrir el Estrecho que hoy inmortaliza su nombre, descubre también a Chile, de cuyo territorio sus aguas son substancia exclusiva, integrante y vital.

Flota en el ámbito de este lugar, asimismo, la imagen espiritual de un mártir, cuya existencia se funde en su sentido verdaderamente religioso de la abnegación y del deber. En su recuerdo, este solar ha sido honrado con su nombre y desde su placidez poblada de árboles, niños y palomas, exalta la memoria del Capitán de Fragata Don Benjamín Muñoz Gamero, preclaro Oficial de la Armada, quien fuera el primer Gobernador de este territorio.

La vida de este marino pundonoroso y brillante es, por sí misma, un ejemplo de virtudes humanas cotidianas: Estudioso, infatigable en su esfuerzo creador, escrupuloso en el cumplimiento integral de sus tareas y compromisos con su fe, su Patria, su stirpe y sus camaradas.

A los 14 años, inicia sus estudios náuticos en la Academia Militar y a los 18, ingresa a la Armada como Guardiamarina. Destinado a bordo del “AQUILES” participa con singular valor en las acciones contra la Confederación Perú-Boliviana. Al término de la Campaña, as-

cendido a Teniente, asume el mando del Bergantín "JANEQUEO", abordo del cual despliega una labor profesional tan destacada, que le vale ser comisionado a la Escuadra Inglesa, en la que, pese a ser extranjero y sólo Teniente, se le encomienda el mando de una goleta que cumple delicadas misiones en la Estación Británica del Pacífico.

Después de dos años de perfeccionamiento profesional, se le encomienda, a los 24 años de edad, el mando del queche "MAGALLANES", a cuyo bordo se consagra al servicio de la remota y austral Colonia y a los reconocimientos geográficos y científicos del área, tareas vaciadas todas en profundos y valiosos documentos originadores de importantes textos y estudios profesionales.

Ascendido a Capitán de Corbeta, es nombrado Comandante de la "CONFEDERACION", a los 26 años de edad, iniciando una labor ímproba y fructífera en los campos de la hidrografía, cartografía y conocimiento científico del área de Llanquihue, Chiloé y la Patagonia. Continúa sirviendo, mediante viajes de transporte, a la Colonia de Magallanes, compenetrándose de sus duras dificultades, comprometiéndose con la búsqueda de soluciones a sus problemas y entregándose, con fe y tesón irreductibles, a la exploración del territorio y al desentrañamiento de sus íntimas y recónditas realidades.

En 1850, su prestigio conquistado sólo en el noble esfuerzo del quehacer abordo, tanto en la guerra como en la paz, es tan sólido como sobrio, por ser dedicado al estudio, al trabajo y al servicio silencioso y anónimo a la Patria. Ello es antecedente decisivo para que el Presidente BULNES lo nombre Gobernador de la Colonia de Magallanes, junto con ser ascendido, a los 30 años de edad, al Grado de Capitán de Fragata.

El General BULNES, a cuya intuición y visión de Gobernante tanto le deben Chile y en especial esta Región, vio en Muñoz Gamero al hombre indicado para administrar la naciente villa, poblada a la sazón por unas centenas de reclusos y servida por una reducida guarnición cuyos integrantes eran, en su mayoría, penados que ya habían cumplido sus condenas en el propio presidio. Era necesario un carácter recio, pero justo, ecuánime y emprendedor, no sólo ya para gobernar el territorio y sus habitantes, sino para desarrollar las capacidades la-

tentes de este núcleo distante pero tan integrante de Chile como toda la Nación.

Muñoz Gamero, emprendió su tarea con la mística devoción de su moral, su formación y su juventud. Su obra fue gigantesca. Personalmente trazó el plano urbano regulador, que es el que hasta hoy estructura la Ciudad. Fomentó los cultivos apropiados, como profundo conocedor del clima y los suelos regionales. Hizo traer, en el mismo viaje en que llegó a hacerse cargo de sus funciones, las primeras ovejas de raza para cimentar una riqueza que daría a Magallanes, renombre mundial. Pero su más importante y visionaria contribución fue, sin duda, el establecimiento de la primera imprenta en Magallanes, la que transportó e instaló en la pequeña urbe, íntimamente convencido de la necesidad y valor de la irradiación de la cultura y los valores del espíritu, a través de la palabra escrita y difundida como instrumento fundamental de comunicación entre los hombres.

Su obra, caracterizada por el empuje, la tenacidad y la fe de los precursores, se vio trágicamente interrumpida por el amotinamiento de la Guarnición, instigada por su Jefe, el Teniente de Artillería Manuel José Cambiaso.

La soldadesca frenética y descontrolada, convirtió a la Colonia en una orgía de sangre y fuego y aunque el Gobernador tuvo numerosas ocasiones de escapar, hizo del deber y el principio de autoridad, asuntos de vida o muerte, imprescriptibles para su honor de marino y representante del Gobierno, siendo herido, apresado y finalmente fusilado y su cadáver incinerado en una pira, en este mismo lugar, ante la befa de un puñado de ruines delincuentes, ebrios de odios y resentimientos.

Era el mes de Noviembre de 1851. Muñoz Gamero, al morir, junto a la obra material y tangible de su Administración, dejó inconclusas varias otras que, durante las precarias y solitarias horas de su escaso descanso, escribía para agregar elementos de juicio al conocimiento de este mundo emergente, distante y olvidado, pero predestinado a ser pilar y sustento de la nacionalidad chilena.

Señoras y Señores:

Hay un noble y constante paralelismo entre las vidas y obras de los héroes de la Marina de Chile, que la Patria toda venera y cuyos ejemplos busca emular: La moral cristalina y totalmente ajena a los avatares de la pasión

contingente; la dedicación al estudio; la sobriedad espartana; la abnegada y tenaz procura de cumplir el deber, sin reconocer límites al empeño; la permanente sustracción a la popularidad y al halago; la consagración en la gloria, generalmente en el sacrificio, muy lejos del hogar y del apoyo tierno de los seres queridos.

Y aunque —como lo dice Rubén Darío en su “Canto Epico a las Glorias de Chile”— “PRAT, he ahí la cumbre. . .”, ejemplos preclaros y ligados a esta tierra generosa, los hay a cada instante de la historia, en la ingente batalla por la paz y en la entrega a cada instante de la guerra: Juan Williams, el Comandante de la “ANCUD”; Domingo Espiñeira, artífice y organizador de la Toma de Posesión del Estrecho de Magallanes; Benjamín Muñoz Gamero, Francisco Vidal Gormáz, Ramón Serrano Montaner, Enrique Simpson, Francisco Rondizzoni, Juan José Latorre, Baldomero Pacheco, Arturo Wilson, Roberto Maldonado, Luis Gómez Carreño, Francisco Nef, Ismael Gajardo, Agustín Fontaine, Florencio Guzmán, Carlos Sierralta, Arturo Whiteside, José T. Merino. Héroe todos que, junto con sus tripulaciones, hicieron de sus vidas instrumentos vivos, latentes y palpitantes, de virtudes humanas y morales, sin las cuales no podrían haber transcurrido años y años de paciente espera, de tenaz empresa, de exasperante monotonía, de entereza y resolución, explorando fiordos, penetrando senos, reconociendo puertos y bahías, navegando canales a golpe de escandallo y a ritmo de remos, observando las constelaciones en las noches gélidas, demarcando los contornos ribereños con los teodolitos, reiterando mediciones casi hasta el infinito, erigiendo e iluminando faros y trazando las Cartas, escribiendo derroteros, calculando las mareas, situando este mundo desconocido, palmo a palmo, en la Geografía de la Patria e incorporándolo al patrimonio de Chile. Lejanos, distantes, ensimismados, silenciosos, olvidados y desconocidos, pero alentados por la devoción al deber, el amor a la fatiga y la apasionada vocación por la grandeza de Chile.

Sí, Señoras y Señores; la Armada de Chile, siempre ha sido sostén y pilar de esta Región marítima por antonomasia, vocación, realidad geopolítica y auténtica y efectiva gravitación, capaz de disuadir y proteger.

Su presencia permanente, ha sido protagonista y testigo de todos sus momentos; de su historia, de su presente y de su porvenir. Están ligadas ambas por los lazos de la fe en subsistir, en desarrollarse y progresar; se tienen mutua confianza y se enorgullecen por sus logros que, en ambas, son siempre arduos de obtener y requieren del empeño viril de sus hijos e integrantes.

A renovar este compromiso con Magallanes. A revalidar la vigencia de este amor y a proclamar, una vez más, esta profesión de fe, ha venido nuestro Comandante en Jefe de la Armada a la Región, para estar con su gente, estimular a sus Autoridades, surcar sus mares y volar sus cielos que sólo son familiares para los hombres fuertes, enérgicos y audaces.

Para decirles, a todos y cada uno de los habitantes esforzados y tan queridos de esta tierra austral, que la Marina, hoy como ayer y como siempre, es baluarte de su orgullo regional, de su espíritu patriótico y celosa e intransigente guardiana de la soberanía austral de la Nación, con la fuerza de acero de sus buques y la calidad ennoblecida de la substancia humana de sus tripulantes.

Para proclamar, en fin, la identidad en la fe y la esperanza de un progreso evidente y anhelado; la Armada les trae, como lo ha hecho siempre, su aliento y su confianza.

El Almirante —Comandante en Jefe— les saluda con profunda admiración y afecto a través de estas palabras que superan la modestia de quien las dice, para alcanzar la jerarquía de quien las inspira y así llegar, transidas de sincera emoción, a quienes las han de recibir.

Región de Magallanes y Antártica Chilena: tú y tus hijos pueden estar tranquilos y confiados.

Fieles a la consigna musitada por el Padre de la Patria al expirar. Fieles también al ejemplo de virtudes de PRAT al fijar la conducta institucional, desde el más allá, y fieles, por sobre todo a Chile y su soberanía, los marinos de la Patria os decimos:

¡Avante! ¡Vuestro destino es el nuestro!
¡Vuestra realidad e historia son las nuestras!

¡Hemos zarpado hace ya largos años!
¡Continuamos dejando estelas luminosas en la mar y aún nos queda toda una eternidad por navegar!